

© DISSIDENCES

Hispanic Journal of Theory and Criticism

Rodolfo Kusch: hacia una condición postcolonial pensada desde categorías epistemológicas situadas

Roberto H. Esposto y Sergio Holas / The University of Queensland

La condición poscolonial en América está en gran parte determinada por la necesidad de reflexionar desde categorías epistemológicas americanas, y, al mismo tiempo, por la urgente necesidad de despojarse de definiciones y de proyectos diseñados en los países hegemónicos, que, como dice Elicura Chihuailaf, presentan un espejo obnubilado en el que es imposible ver reflejada la modernidad de este continente. El camino de un pensar a América desde América y en categorías de pensamiento americanas es arduo, repleto de obstáculos y críticas que lo acusan de “nacionalista”, “esencialista”, “particularista” o hasta “anti-universalista”. Asimismo, importantes sectores de la intelectualidad americana demuestran posturas auto-descalificadoras, las cuales son ilustrativas de un sentimiento de inferioridad con respecto al pensamiento europeo o del llamado Primer Mundo. Un buen ejemplo de ello son las declaraciones del filósofo argentino Juan Pablo Feinmann:

Nosotros estamos situados en América latina, somos filósofos de la periferia y pensamos en esa situación... Pensar aquí no es lo mismo que en la academia francesa. Los filósofos de la periferia,

más que pensar, citan. La filosofía se da en ámbitos de prestigio como Alemania y Francia, y como reflejo de ese pensamiento está la academia norteamericana (San Martín).

El problema que escamotea Feinmann es saber cómo se piensa, desde categorías epistemológicas de raíz americana y desde una condición poscolonial acerca de esa misma postcolonialidad. Es importante poder hacer una crítica a este concepto, no desde la situación del universo anglosajón, sino desde el orden epistemológico crítico de América. A diferencia del postcolonialismo anglosajón que se inscribe con determinación y sin crítica de las implicaciones sistémicas de esta situación dentro de los parámetros del capitalismo, en América el postcolonialismo cuestiona, desde su condición de marginalidad, lo que Aníbal Quijano ha llamado el “colonialismo del poder”, es decir, el funcionamiento colonial de todas las instituciones del capitalismo. Como consecuencia, si el colonialismo está en el poder, entonces toda la institucionalidad americana ha sido construida desde y sobre una base colonial. ¿Cómo, entonces, podría hablarse de una postcolonialidad americana?

La búsqueda de una ontología y de una epistemología propias se hacen aún más pertinentes y apremiantes cuando los diseños de la modernidad occidental, como se han ido aplicando en América especialmente desde mediados del siglo XIX, han conducido a la exclusión y la marginalización de vastos sectores de la sociedad: los sectores populares.

Los proyectos post-independentistas decimonónicos de corte positivista y liberal, fueron contruidos sobre la base de criterios anglo-franceses, importados por oligarquías terratenientes y élites burguesas criollas que pretendían emular o copiar los diseños de EEUU y de Europa. Con rótulos o lemas como “Civilización o Barbarie”, “Orden y Progreso”, esta modernidad prestada sirvió la doble misión de cortar los lazos con

España, y también fortaleció dependencias multifacéticas con los nuevos centros imperiales.

De manera similar, el paquete neoliberal que se viene implantado en América, con diferentes grados de intensidad, desde las últimas dos décadas del pasado siglo veinte, demuestra una vez más que las cúpulas dirigentes en los diversos países latinoamericanos apostaron a proyectos de una modernidad que había sido diseñada en los centros hegemónicos. Al mismo tiempo, estos diseños abstractos, ya que no consideran el carácter situado del conocimiento y local de las áreas de uso, pretenden modificar, muchas veces violentamente, una realidad que se resiste a dichos esquemas. Esto lleva a una encrucijada paradójica que nos aleja de un conocimiento más profundo de América, porque se persiste en utilizar parámetros abstractos que responden a un pensamiento y a un orden epistemológico no situado.

Hoy es tal la hegemonía de la ideología neo-liberal enquistada en los gobiernos de las postdictaduras, y la red epistemológica que la sostiene, que las lecciones del siglo XX no han menguado su voluntad de expansión mundial. A su cabeza está el poderío de los EE.UU., no sólo sustentado por el complejo militar-industrial, sino que éste último se ha abanderado de los ideales del cristianismo y del iluminismo occidental, para justificar sus diseños políticos, económicos, sociales, educacionales y culturales en ultramar. En este contexto debe situarse la violencia del modelo impuesto y las diferentes reacciones que ha provocado.

Dentro de este marco, tomar un camino que intente una reflexión desde América en busca de respuestas a preguntas tales como ¿quiénes somos?, ¿qué lugar tenemos en el mundo?, tiene, entre otros, el propósito contestatario de construir un proyecto

alternativo, que se diferencie del diseño hegemónico. Desde las instituciones centrales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial del Comercio, por ejemplo) esta afirmación de la vida propia y el conocimiento situado que de ella emerge es visto como resistencia que mina el diseño hegemónico de los centros mundiales introduciendo ruido y entropía en el funcionamiento perfecto del sistema. En consecuencia, los problemas se agudizan como resultado de la resistencia al modelo debido a la abstracción impuesta por la institucionalidad bancaria mundial. El modelo está siempre correcto, la situación específica debe, por tanto, ser modificada para que el diseño calce a la perfección. En otras palabras: el pensamiento determina el orden natural y nunca al revés. La óptica que propone el escritor argentino Abel Posse sirve para subrayar nuestra postura en el siguiente contexto específico:

Lo que pasa en Bolivia es uno de los espectáculo políticos más fascinantes de nuestro tiempo... Se trata de algo así como intentar dar vuelta un pulóver (o una chomba) que desde hace 500 años se viniera usando al revés... Con Evo Morales, la inmensa mayoría aborigen y andina asume la gestión de un país hasta ahora comandado por una minoría de criollos... ligados a la cultura occidental... Desde las gestas de Bolívar y San Martín, la independencia fue para los blancos, los criollos progresistas y luego para los inmigrantes extranjeros... El liberalismo y las naciones unificadas desde entonces no entraron en la Sierra sino como formas de explotación y de la más feroz dominación feudal ("La pasión según Evo").

Para adentrarnos en este territorio, nos centraremos en uno de los pensadores latinoamericanos que se aventuró en el camino de un pensar desde América: el argentino Rodolfo Günter Kusch (1912-1979). En este breve intento de ilustrar el complejo pensamiento kuschiano sobre América, nos concentraremos en dos conceptos coyunturales.

Según Kusch, la especificidad de las realidades americanas estaría marcada por la diferencia que se puede reconocer entre dos verbos del castellano, el ser y el estar. Para Kusch, el estar define el universo indígena, y el inmigrante trae consigo el ser, y ambas dan forma a la América contemporánea. Este hecho es contrario a lo que ocurre en Europa y en la América anglosajona donde el estar ha sido eliminado por una cultura del control basada en el miedo a todo lo que no sabe controlar. De allí también la negación rotunda, sin pero, de las realidades indígenas en los EEUU.

En sus estudios en torno a la cultura quechua, Kusch se preocupó de indagar sobre la dimensión metafísica de la identidad americana. Según Abel Posse, es muy significativa la aportación del pensamiento kuscheano para comprender la(s) realidad(es) americana(s): “La importancia de Kusch fue la de haber pensado abriéndose hacia la realidad de América como totalidad que requiere una síntesis. Frente a los pueblos del ser y del hacer, integramos --o aportamos-- nuestra dimensión del estar” (Biblioteca esencial 195).

Kusch observó que el inmigrante europeo llevó consigo a América la cultura del ser, radicalmente opuesta a la del estar de América. En sus estudios Kusch dijo que:

Todo lo europeo es lo opuesto a lo quechua, porque es dinámico, lo cual nos aventura a calificarlo como una cultura del ser, en el sentido de ser alguien... La cultura occidental... es la del sujeto que afecta al mundo y lo modifica y es la enajenación a través de la acción... o sea que es una solución que crea hacia afuera, como pura exterioridad, como invasión del mundo o como agresión del mismo y, ante todo, como creación de un nuevo mundo (América profunda 98-100).

Lo que define Kusch como “exterioridad” e “invasión”, corresponde al concepto prometeico del hombre occidental. Para comprender esta tesis necesitamos adentrarnos

en las acepciones que ha desarrollado Kusch a través de su propia interpretación del ser europeo. El filósofo argentino consideró que el cristianismo se secularizó y, como consecuencia, perdió su capacidad de maravillarse ante lo ominoso, condenando su espiritualidad a ser una manera muy precaria de conocer, que no puede ponerse al nivel de la nueva fe de la clase mercantil que emerge en el siglo XV. El hombre que contempla es desplazado por el hombre que calcula. En este sentido el “nuevo mundo” al que alude Kusch es el mundo cerrado de la ciudad que se convierte en el estandarte de la modernidad occidental ya que “separa a la especie humana de todo un pasado de miedos y espantos originales... En la ciudad se refugiaba toda una humanidad cabal, vigente y racional” (América profunda 116). Esta clase mercantil, frente a las inclemencias de la naturaleza, se refugiará tras las paredes protectoras de la ciudad. El hombre que vive en el campo, en la llanura, en el espacio abierto, expuesto a la fuerza indómita de la naturaleza, es negado, dejado atrás en el lineamiento temporal de occidente, y, el hombre capaz de calcular, de adelantarse a las inclemencias del tiempo, se afirmará como maestro del universo bajo cuyo saber todo será anticipado, es decir, negado antes de nacer. La ciudad se levanta así como centro unificador y protector ante dioses que han sido exiliados fuera de las repúblicas. Martín Heidegger da clara cuenta de este proceso en sus clases acerca de la poesía de Hölderlin. Nietzsche había ya dado cuenta, por su lado, de que estas eran las bases del nihilismo de la modernidad burguesa. Nietzsche, Heidegger y, en América, Kusch, entre otros, cuestionan este nihilismo fundante de la modernidad.

La modernidad occidental exorciza esos temores ancestrales que Kusch llama la “ira de dios”: “En la anti-ciudad [afuera, el campo, la selva], en cambio, estaban los miedos originales engendrados en el rayo, el relámpago y el trueno y, detrás la ira de dios” (América profunda 116). Por esto el acertado juicio de que “el miedo al mundo fue sustituido por la creación de otro mundo” (América profunda 117). Para Kusch el

hombre europeo se caracteriza por su afán de transformar la tierra, de manipularla, y, en este sentido, quien encarna este espíritu agresivo por excelencia es el mercader. Este reemplaza la “ira de dios” por la “ira del hombre”, pues, subraya Kusch, “un crédito podía mover una nación” (América profunda 121). Hoy esto es muy claro cuando sabemos que las transnacionales del siglo XXI pueden determinar el destino de naciones y pueblos con el click de un mouse en una computadora a miles de kilómetros de distancia. El hombre que calcula gobierna por doquier afirmado en las abstracciones de la ideología neoliberal.

Esta cultura del ser alguien y del hacer se distingue con claridad de otras culturas por su invasión y manipulación del mundo de la naturaleza con la máquina y la tecnología.

Kusch sostiene que el miedo a la hostilidad iracunda de la naturaleza lleva al hombre del hacer a construir “utensilios” que le permitan llevar a cabo su “misión de modificar o aprovechar al mundo” (América profunda 132). En otras palabras, éste resuelve los problemas u obstáculos que se le presentan y que agravan su existencia, penetrando y alterando la realidad que lo circunda a través de la creación y uso de “utensilios” que le hacen posible dominar el mundo. Como consecuencia, la racionalidad científico-técnica se convierte en el “utensilio” por antonomasia, es decir, en instrumento que interfiere manipulando el orden natural.

Cuando Kusch habla del ser, se escuchan ecos de la filosofía existencialista de Martín Heidegger y su crítica del pensamiento tecnológico. Cuando Kusch desarrolla el concepto del estar comenzamos a desplazarnos a un terreno no dicho, no nombrado, un pensamiento de América aprehendido desde categorías americanas en diálogo crítico con las categorías occidentales. En América esto tiene un peso primordial ya que como explica Enrique Mareque en “Líneas fundamentales del pensamiento de Rodolfo Kusch”:

“Para Kusch, nuestra historia cultural... se edifica sobre el criterio de que lo inferior es América y lo superior proviene de Europa. El saber europeo es superior porque libera al hombre de la barbarie y del miedo (Mareque 54).

Es precisamente este criterio hegeliano el que caracteriza la historia de América Latina, especialmente desde su independencia. Esta es la actitud que toma en gran medida la intelectualidad de aquellos que quieren edificar las nuevas naciones guiados por el modelo supremo del progreso tal como ha sido desarrollado por una epistemología situada en Europa y los EE.UU. Las relaciones que se van forjando en lo que se puede llamar la modernidad periférica americana, responde al deseo de una élite que, como motor, canaliza una orientación ideológica y cultural que profundizará su relación de poder para con los sectores populares. De esta manera, sujeto pensante y sujeto social son separados, dando forma a la división entre las élites y el pueblo. El ser lo trae el sujeto pensante, rector, destinado a gobernar, a dar forma, a usar instrumentos que protejan de la intemperie, y la razón fundante del nuevo mundo que allí se levanta. El estar, como consecuencia, es dejado atrás, en la visión lineal del tiempo que trae a las Américas el europeo, como parte del hedor que deja atrás y que debe morir para dar paso a lo nuevo, joven, vital, afirmativo y racional. En suma, lo que hoy en día Alain Touraine llama “el pensamiento único”. Pero, el estar es categoría fundamental, según Kusch, para entender al sujeto social americano.

En América Latina, en términos de postcolonialidad, los sectores subalternos entrecruzan el continente desde México a la Argentina, y están conformados por, a saber: los Zapatistas en Chiapas, los miles de cartoneros que descienden al anochecer a la Capital Federal de Buenos Aires, los indígenas que recuperan su palabra en la oralitura Mapuche, Quechua y Maya, y el movimiento de los sin tierra en Brasil, entre otros.

Desde la perspectiva del discurso triunfalista, ellos están asociados con el mal que produce la ociosidad y la inacción, la pereza y la quietud, o sea todo lo que se oponga a la diligencia y a la industria de la civilización imperante.

En términos del esquema kuscheano, la “pulcra” burguesía define lo americano como “hedor”: “el hedor de América es todo lo que se da más allá de nuestra populosa y cómoda ciudad natal. Es el camión de indios... es la segunda clase de algún tren y lo son las villas miserias” (América profunda 11). Frente a este “hedor”, ellos se atribuyen la “pulcritud”, es decir, aquellas formas que reciben todos los atributos de la limpieza y que representa la civilización burguesa de occidente traída a América. El ser, en consecuencia, se auto-atribuye los investimentos afirmativos, y proyecta en América y sus culturas y civilizaciones todos sus temores y miedos bajo la forma de aquello que hiede, que huele mal, poseedor del “hedor” de lo primitivo. La inmigración y la técnica serán, en consecuencia, los puntales del progreso: la inmigración, para aclarar la morena piel; la técnica, para controlar, extraer y usar los recursos naturales en beneficio del hombre que calcula, es decir, del mercader. Dice Kusch:

nuestros próceres...levantaban el mito de la pulcritud y del hedor de América, cuando creaban políticas puras y teóricas, economías impecables, una educación abundosa y variada, ciudades espaciales y blancas...La categoría básica de nuestros buenos ciudadanos consiste en pensar que lo que no es ciudad, ni prócer, ni pulcritud no es más que un simple hedor susceptible de ser exterminado (América profunda 12-3).

El otro polo de esta cosmovisión dual americana de Kusch es el del estar, arraigado en la forma en que se relaciona el hombre americano con la naturaleza. El hombre americano cuando nace se siente arrojado, “yecto”, para usar el término kuscheano, dentro del

cosmos. El indígena se encuentra dentro del mundo, es parte del paisaje, a diferencia del europeo que está ante el mundo para poder dominarlo con sus “utensilios”. Como señala María Luisa Rubinelli:

El estar implica falta de esencia fija. Coloca en el primer plano un mundo poblado de circunstancias, no de cosas. Ello hace necesario asegurar la vigencia de un mundo en que la vida sea posible. El estar refiere inmediatamente al habitar en el aquí y el ahora de un modo que asegure el domicilio en medio de situaciones riesgosas que se instalan sin cesar en el aquí. Por ello se requiere soportar el desgarramiento en que siempre se halla el hombre. No es posible el estar sino como “estar con”. Nuevamente aparece aquí el ritual como una forma de asumir el existir con lo absoluto y los otros (Rubinelli 140).

El estar ocurre en el mundo, en la naturaleza; el ser se distancia, objetiva el mundo, para mejor manipularlo, calcular. En el estar todo ocurre en la naturaleza, le ocurre al hombre. En el ser todo ocurre afuera, separado del hombre. Si todo le ocurre al hombre, entonces éste deseará mantener el equilibrio y buscará el balance: no destruirá ni manipulará para sacar ventaja personal. Su conducta es ética ya que desea el equilibrio de la dualidad. No hay aquí dicotomía, es decir, separación. La dualidad del pensamiento indígena prehispánico busca el equilibrio, no la eliminación de uno de los términos, como sí ocurre en las dicotomías que fundan el pensamiento europeo. Positivo y negativo son necesarios. No se trata de destruir el mal, sino de mantener el equilibrio. Toda acción tiene consecuencias. Si nada le ocurre al hombre y todo ocurre allí afuera, en una distancia que no le afecta, que le protege del desorden externo, desorden que hay que eliminar, entonces, como consecuencia, no es necesaria una conducta ética, y, por tanto, este hombre no es responsable de las consecuencias de sus acciones ya que el fin justifica los medios.

Los fines ya los conocemos muy bien, y se expresan en un sinnúmero de hermosas palabras, como por ejemplo: libertad, progreso, orden, democracia. El desorden es parte del afuera, el hedor es parte del afuera. Es lo que hoy, siguiendo el hilo de este razonamiento, nos dicen los ideólogos neoliberales: que el terrorismo viene de afuera, de otras culturas, que la pobreza la producen los pobres, que los cambios en los ritmos naturales, como el hoyo en la capa de ozono y el deshielo de los polos, ocurren allí afuera; y que, como no nos afecta directamente, ya que no hay evidencia del caso, todo va bien, como si aquí nada hubiera ocurrido. Para que todo siga bien, se levantan murallas, pues sirven para procesar a inmigrantes ilegales y mantenerlos afuera de nuestras fronteras. Igualmente se tortura fuera de nuestros límites, en este mundo de ganadores, donde las dictaduras ocurren sólo en los países del Tercer Mundo, pues para que todo siga bien aquí adentro en el mejor de todos los mundos. Enrique Dussel llamará a este hombre, que no sabe contemplar el ritmo del universo, el homo conqueror. He aquí las antagónicas cosmovisiones, “el desgarró”, que chocan en América, en las que, como subraya Enrique Mareque, “la oposición de estar y ser es la de dos experiencias humanas que se enfrentaron en América: el ser como horizonte de la dinámica cultural europea y el estar como modo de supervivencia y acomodación al ámbito americano” (Mareque 65).

Ahora bien, al identificar esta experiencia y elaborar el concepto de estar como modo de vivir en la naturaleza, Rodolfo Kusch nos provee con una categoría epistemológica situada. Donna Haraway acuñará este concepto de situated knowledges varios años después de Kusch, quien ya aseveraba que el conocimiento está siempre situado, que hay una historia detrás, que el pensamiento, en suma, no cae del cielo platónico de las ideas. En lo que compete a América, este conocimiento es una categoría cuyo lugar de

enunciación ya no está en Europa o en la Norteamérica anglosajona, sino que encuentra sus raíces en el estar de la América prehispánica, y se reconstruye en diálogo con el concepto de ser que traen a las Américas los inmigrantes europeos.

El indígena sabe que al encontrarse dentro de un mundo hostil no puede alterar de ninguna forma las condiciones cósmicas ni mucho menos el azar o la “ira divina”. Su temple emocional de respeto a esta condición primigenia de la existencia humana en el mundo es diametralmente opuesta a la actitud dinámica del europeo, puesto que aquél responderá con un sentido de estatismo. Explica Kusch que:

Era un estatismo que abarcaba todos los aspectos de la cultura quechua, como si toda ella correspondiera a un canon uniforme, que giraba en torno al estar en el sentido de un estar aquí, aferrado a la parcela cultivada, a la comunidad y a las fuerzas hostiles de la naturaleza. Este mero estar encierra todo lo que el quechua había logrado como cultura. Supone un estar «yecto» en medio de elementos cósmicos, lo que engendra una cultura estática, con una economía de amparo y agraria, con un estado fuerte y una concepción escéptica del mundo (América profunda 97-98).

Para apaciguar las inclemencias de la “ira divina” el indio desarrolla una cotidianeidad que en vez de ser antagonica se hermana con el mundo. Esta hermandad se realiza mediante ritos cuyo fin es el de conciliar la ira de los elementos naturales, que pueden manifestarse como una inundación de las parcelas de tierra o bien la destrucción de la cosecha de maíz. El indio sabe que se encuentra a merced del agua, el viento, el fuego y el simple azar. Esta actitud “trata de que el cerro imponente sea el hermano”, elucida Kusch, “y lo sea el río y la tierra y también el cielo con sus relámpagos y sus truenos” (América profunda 39). Y concluye Kusch: “Se trata, en fin, de que se humanice el mundo con la

plegaria y con el rito y que el mundo sea el organismo viviente que ampara y protege”
(América profunda 39).

Carlos Beorlegui señala con precisión, refiriéndose a la categoría del estar, que:

Frente a la lógica occidental griega, apoyada en la categoría ser (configurada como esfuerzo por llegar a ser), y frente a la categoría acontecer, como historia y ética, de la tradición judía, está la realidad indígena, constituida por la categoría central de estar así, que implica pasividad y mayor cercanía a la realidad. La cultura indígena estaría constituida, según Kusch, por un contacto previo y emocional con la realidad. El mundo del estar está configurado por un mundo mágico, lleno de símbolos, mientras que el mundo del ser, tiene un radical carácter agresivo, conquistador, racional, fuera de todo control (Beorlegui 703).

Interesa aquí comprender que las filosofías del ser, impuestas por las instituciones de occidente a lo largo y ancho del planeta en que vivimos, han cumplido con su tiempo y que ya es hora de repensar los nichos culturales, emocionales, y racionales desde los cuales nos levantamos. Las Américas han traído a la mano muchas racionalidades, muchas lógicas, muchas maneras de vivir, de sentir y de emocionarnos. Kusch nos ha enseñado a contemplar y ha dado forma a una serie de categorías de pensamiento que hoy nos estimulan a dialogar y a guiar en la interpretación de este “desgarramiento ontológico entre ser y estar” (Obras completas 652), invitando a que otros reflexionen también sobre la problemática americana, por si acaso “¿Occidente en América es un episodio y no una totalidad?” (Obras completas 556). Nos corresponde a nosotros saber responder.

Como conclusión se puede decir que el concepto de estar es un concepto clave para la comprensión de las Américas. Hoy en día ya sabemos, como nos ha enseñado la “Biología del conocimiento” de Humberto Maturana y Francisco Varela, que el sujeto está acoplado a su nicho ecológico, que no hay separación como tal, que todo el cartesianismo no ha sido nada más que otra gran narrativa que es conveniente criticar e ir dejando de lado, ya que la distinción Sujeto/Objeto, es sólo otra fantasía del pensamiento que hemos heredado de Europa. En consecuencia, es muchísimo más fructífero encaminar, con Levinas y Menchú entre otros, la mirada hacia el más allá del ser, más allá de las barreras con las que el ser nos protege sin dejarnos salir de su jaula.

Podremos hablar de una situación postcolonial cuando sepamos escuchar el pensamiento que viene del estar, con Kusch, con los werken Mapuche, con Rigoberta Menchú, con los Zapatistas, con Los sin tierra, y con la cultura popular que ellos anuncian. El paradigma hegemónico está en crisis, no puede dar todas las respuestas a los problemas actuales. Quizás las respuestas estén en el estar que Rodolfo Kusch anticipó para nosotros. A las Américas hay que saber repensarlas desde otra(s) racionalidad(es).

Obras citadas

Beorlegui, Carlos. Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Bilbao: Universidad de Deusto, 2004.

Kusch, Rodolfo G. América profunda. Buenos Aires: Editorial Bonum, 1975.

----. “Una lógica de la negación para comprender a América” y “La negación en el pensamiento popular”. Obras Completas. Tomo II. Rosario: Editorial Fundación Ross. 2000. 547-565, 567-698.

Mareque, Enrique. “Líneas fundamentales del pensamiento de Rodolfo Kusch”. Azcuy, Eduardo A. Ed. Kusch y el pensar desde América. Buenos Aires: Fernando García Gambeiro, 1989. 63-51.

Posse, Abel. Biblioteca esencial. Buenos Aires: Emecé Editores, 1991.

----. "La pasión según Evo", La Nación (Buenos Aires), 8/2/2006.
http://www.lanacion.com.ar/archivo/nota.asp?nota_id=778832&origen=acumulado&acumulado_id=

Rubinelli, María Luisa. "Rodolfo Kusch (1922-1979)". Jalif de Bentrano, Clara Alicia. Ed. Semillas del Tiempo. El latinoamericanismo filosófico contemporáneo. Mendoza: EDIUNC, 2001. 133-142.

San Martín, Rafael. "El posmodernismo hizo trizas la historia, que debe ser comprendida". (Diálogo con Juan Pablo Feinmann). La Nación (Buenos Aires), 11/9/2006.
http://www.lanacion.com.ar/archivo/nota.asp?nota_id=839470&origen=acumulado&acumulado_id=